

CAPÍTULO XX

Estado de Europa á principios de 1794 (año 11).—Preparativos generales de guerra.—Política de Pitt.—Planes de los coligados y de los franceses.—Estado de nuestros ejércitos y de la marina.—Actividad y energía del gobierno para hallar y ultimar los recursos.—Principio de la campaña.—Ocupación de los Pirineos y de los Alpes.—Operaciones de los Países Bajos.—Combates en el Sambre y el Lys.—Victoria de Turcoing.—Fin de la guerra de la Vendée y principio de la de los chuanes.—Acontecimientos en las colonias.—Desastres de Santo Domingo.—Pérdida de la Martinica.—Combate naval.

Habíase empleado el invierno en Europa y en Francia en hacer los preparativos para una nueva campaña. Inglaterra era el alma de una nueva coalición é impulsaba á las potencias del continente á que acudieran á aniquilar en las orillas del Sena una revolución que la atemorizaba y una rival que le era odiosa. El implacable hijo de Chatham había hecho aquel año inmensos esfuerzos para aniquilar á Francia; pero no sin obstáculo obtuvo del Parlamento medios proporcionados á sus vastos proyectos. Lord Stanhope, en la cámara alta, y Fox y Sheridan en la baja, se oponían siempre al sistema de guerra, rehusando todos los sacrificios pedidos por los ministros; no querían conceder sino lo que era necesario para el armamento de las costas, y sobre todo no podían tolerar que se calificase aquella guerra de *justa y necesaria*; decían que era inicua y ruinosa, y que la castigaban justos reveses. Los motivos que se aducían por la apertura del Escalda, los peligros de Holanda y la necesidad de defender la Constitución británica eran falsos. Holanda no había quedado en peligro por la apertura del Escalda, ni la Constitución británica estaba amenazada. El objeto de los ministros era, según ellos, aniquilar á un pueblo que había querido ser libre, y aumentar de continuo su influencia y autoridad personal, bajo el pretexto de resistir á las maquinaciones de los jacobinos franceses. Esta lucha se sostuvo por medios inicuos; habíase fomentado la guerra civil y la matanza; pero un pueblo intrépido y generoso burló las tentativas de sus adversarios con un valor y esfuerzos sin ejemplo. Stanhope, Fox y Sheridan concluían que semejante lucha deshonoraba y arruinaba á Inglaterra; pero engañábanse por un concepto. La opinión inglesa puede á menudo censurar á su ministerio por hacer guerras injustas, pero jamás desventajosas: si la que se declaró á Francia no tenía ningún motivo justo, tenía los de política, y excelentes según veremos; y la oposición, engañada por sentimientos generosos, olvidaba las ventajas que iban á resultar para Inglaterra. Fingía Pitt estar muy sobresaltado con las amenazas de desembarco hechas en la tribuna de la Convención, afirmando que los campesinos de Kent habían dicho: «Allí están los franceses que van á traernos los derechos del hombre.» Valiase de estos recursos (pagados, según se dice, por él mismo) para manifestar que la Constitución estaba amenazada; había denunciado también las sociedades constitucionales de Inglaterra, algo más acaloradas ya en sus sesiones con el ejemplo de los clubs de

Francia, y sostenía que trataban de establecer una Convención bajo el pretexto de reforma parlamentaria. Como consecuencia de todo esto, pidió la suspensión del *Habeas corpus*, el embargo de los papeles de las sociedades y la formación de causa contra algunos de sus individuos; pidió además la facultad de alistar voluntarios y sostenerlos con *benevolencias* ó suscripciones, la de aumentar el ejército y la armada, y la de asalariar un cuerpo de cuarenta mil extranjeros emigrados franceses, ó cualesquiera otros. La oposición hizo una viva resistencia á estas peticiones, afirmando que no había motivos para suspender la más preciosa de todas las libertades inglesas; que las sociedades acusadas deliberaban públicamente; que sus votos expresados en alta voz no podían ser conspiraciones; que estos votos eran los de toda Inglaterra, puesto que se limitaban á la reforma parlamentaria; que el descompasado aumento del ejército era un peligro para el pueblo inglés; que si los voluntarios podían armarse por suscripción, en mano del ministro estaba el levantar ejércitos sin autorización del Parlamento; que el sueldo de tan gran número de extranjeros sería ruinoso para el país, no teniendo otro objeto que el de subvencionar á los franceses traidores á su patria. Apesar de los esfuerzos de la oposición, que jamás había estado más elocuente ni sido menos numerosa, porque no contaba más de treinta á cuarenta votos, consiguió Pitt su deseo, y se sancionaron todos los *bills* que había presentado.

Apenas se accedió á sus demandas, duplicó sus manojos y aumentó el ejército hasta sesenta mil hombres y la armada hasta ochenta mil; organizó nuevos cuerpos de emigrados, y dispuso la formación de causa contra varios individuos de las sociedades constitucionales. El jurado inglés, garantía más sólida que el Parlamento, absolvió á los encausados; pero poco importaba esto á Pitt, teniendo ya en sus manos los medios para reprimir el menor movimiento político, y para desplegar en Europa un colosal poderío.

Momento era este de aprovechar aquella guerra universal para agobiar á la Francia, arruinar para siempre su marina y arrebatarle sus colonias: resultado mucho más positivo y ambicionado por Pitt que la represión de algunas doctrinas políticas y religiosas.

El año anterior había logrado armar contra la Francia las dos potencias marítimas que siempre hubieran debido ser sus aliadas: la España y la Holanda. Esforzabase el ministro inglés en mantenerlas en su error po-

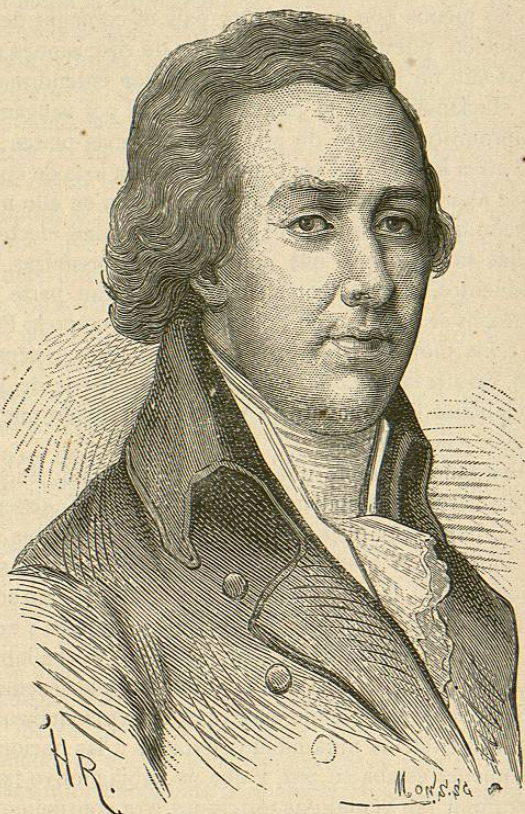
lítico, á fin de sacar de ellas el provecho posible contra la marina francesa. La Inglaterra podía alistar en sus puertos al menos cien navíos de línea, la España cuarenta, y veinte la Holanda, esto sin contar una multitud de fragatas. ¿Cómo podía la Francia, con los cincuenta ó sesenta buques que la quedaban después del incendio de Tolón, resistir á semejantes fuerzas? Así es que sin haberse trabado todavía un solo combate naval, dominaba el pabellón inglés sobre el Mediterráneo, el Océano Atlántico y los mares índicos. En el Mediterráneo, las escuadras inglesas amenazaban á las potencias italianas que pretendían permanecer neutrales, bloqueando á Córcega para quitárnosla, y esperaban el momento oportuno de hacer un desembarco de tropas y municiones en la Vendée. En América, cercaban nuestras Antillas y procuraban sacar provecho de las encarnizadas discordias que reinaban entre blancos, mulatos y negros para apoderarse de ellas. En los mares índicos acababan de establecer la potestad británica y la ruina de Pondichery. Una campaña más y quedaba destruido nuestro comercio, cualquiera que fuese la suerte de nuestras armas en el continente. De modo que no había cosa más verdaderamente política que la guerra hecha por Pitt á la Francia, y la oposición andaba equivocada al criticarle bajo el concepto de su utilidad; en un solo caso podía tener razón, y éste no había llegado todavía: si la deuda inglesa, que se había ido aumentando sucesivamente y llegado á ser enorme, fuese realmente superior á la riqueza del país, entonces podría decirse que la Inglaterra se había excedido de sus medios y anduvo equivocada en pelear por un imperio que le había costado sus fuerzas; pero esto es un misterio del porvenir.

No omita Pitt violencia alguna para aumentar sus medios de agravar los quebrantos de la Francia. Venturosos los americanos con Washington, surcaban los mares libremente y empezaban á hacer aquel gran comercio de transporte que los ha enriquecido en las dilatadas guerras del continente. Las escuadras inglesas detenían á los buques americanos y les arrebatában sus tripulaciones. Más de quinientos buques habían padecido ya semejante violencia, siendo esto objeto de reclamaciones eficaces, y hasta entonces inútiles, de parte del gobierno americano. Pero no es esto todo; á favor de la neutralidad, americanos, dinamarqueses y suecos frecuentaban nuestros puertos, aportaban auxilios en granos, que la escasez hacía muy apreciables, así como muchos artículos necesarios á la marina, y de retorno se llevaban vinos y otros productos que el suelo de Francia suministra al mundo. Gracias á esta mediación de los neutrales, seguía el comercio y se había acudido á las necesidades más indispensables del consumo; pero considerando sin duda la Inglaterra á la Francia como una plaza sitiada que se debe reducir por hambre á la desesperación, intentaba menoscabar estos derechos de los neutrales y acababa de pasar á las Cortes del Norte notas llenas de sofismas para obtener una derogación de los derechos de gentes.

Mientras la Inglaterra empleaba todos estos medios, tenía siempre cuarenta mil hombres en los Países Bajos á las órdenes del duque de York; lord Moira, que no había podido llegar á tiempo á Granville, estaba anclado en Jersey con su escuadra y diez mil hombres de

desembarco; y en fin, la tesorería inglesa tenía fondos á disposición de todas las potencias beligerantes.

No era tan vivo el celo en el continente, pues las potencias, que no tenían tanto interés en la guerra como la Inglaterra, y que no la hacían sino por pretendidos principios, no la seguían con el mismo ardor y actividad. La Inglaterra se esforzaba en estimularlas á todas; tenía siempre á la Holanda bajo su yugo por medio del príncipe de Orange, y la obligaba á suministrar su contingente en el ejército coligado del Norte; y así, esta desgraciada nación tenía sus buques y sus regimientos



Pitt

al servicio de su enemiga más terrible y contra su aliada más segura. La Prusia, á pesar del misticismo de su rey, estaba desengañada de las ilusiones en que por espacio de dos años la habían alimentado: la retirada de la Champaña en 1792 y la de los Vosgos en 1793 no la habían ofrecido estímulo alguno. Federico Guillermo, que acababa de agotar su tesoro, de debilitar su ejército con una guerra que no podía tener ningún resultado favorable para su reino, y que cuando más había de favorecer á la casa de Austria, hubiera querido renunciar á ella. Por otra parte, llamábale en el Norte un asunto mucho más interesante para ella, cual era la Polonia, que se ponía en movimiento y cuyos miembros dispersos trataban de reunirse. Pero la Inglaterra, asaltándole en medio de estas incertidumbres, lo compromete á continuar la guerra con la mediación omnipotente de su oro, concluyendo en el Haya, en su nombre y en el de Holanda, un tratado por el cual se obligaba la Prusia á suministrar sesenta y dos mil cuatrocientos hombres á la coalición. Este ejército debía tener por jefe un prusiano, y sus futuras conquistas pertenecerían en común á las dos potencias marítimas, la Inglaterra

y la Holanda. En cambio, estas dos potencias prometían suministrar cincuenta mil libras esterlinas mensualmente á la Prusia para el mantenimiento de sus tropas, y costearle además el pan y los forrajes: sobre esta suma concedían además trescientas mil libras esterlinas para los primeros desembolsos de la entrada de campaña, y cien mil para el regreso á los Estados prusianos: con tales condiciones continuó la Prusia la guerra anti-política que había principiado.

La nación austriaca nada tenía ya que impedir en Francia, puesto que la reina, esposa de Luis XVI, había expirado en el cadalso, y por otra parte debía temer mucho menos que ningún otro país el contagio de la revolución, puesto que treinta años de discusiones políticas aún no habían despertado allí los entendimientos. Hacíanos, pues, la guerra solamente por venganza, compromiso y deseo de granjearse algunas plazas en los Países Bajos, y tal vez con la esperanza loca de apropiarse alguna de nuestras provincias. Ponía en ello más empeño que la Prusia, pero no más actividad efectiva, porque no hizo más que completar y reorganizar los regimientos, sin aumentar su número. Gran parte de sus tropas se hallaban en Polonia, porque, como la Prusia, tenía motivos poderosos para mirar atrás y pensar en el Vístula tanto como en el Rhin: esto aparte de que las Galitzias le llamaban no menos la atención que la Bélgica y la Alsacia.

Guardando siempre una cuerda neutralidad, Suecia y Dinamarca contestaban á los sofismas de Inglaterra que el derecho público era inviolable, que no había razón alguna para quebrantarlo con la Francia y extender á todo un país las leyes del bloqueo, aplicables tan sólo á plazas sitiadas; que los buques dinamarqueses y suecos eran bien recibidos en Francia, donde no hallaban bárbaros, como decían, sino un gobierno que accedía á las demandas de los comerciantes extranjeros, que guardaba con ellos los miramientos debidos á las naciones con quienes estaba en paz, y que no había motivo para interrumpir tan ventajosas relaciones. Por consiguiente, aunque Catalina estuviese dispuesta en favor de los proyectos de los ingleses, y al parecer se declarase contra el derecho de las naciones neutrales, la Suecia y la Dinamarca se aferraron en su resolución, guardando una neutralidad prudente, y ajustaron un tratado por el cual ambos países se comprometían á mantener los derechos de los neutrales, y á hacer observar la cláusula del tratado de 1780, la cual cerraba el Báltico á los buques armados de las potencias que no poseían puerto alguno en aquel mar; y por lo tanto, la Francia podía esperar que seguiría siempre recibiendo los granos del Norte y las maderas y cáñamos necesarios para su marina.

La Rusia, aparentando por su parte mucha indignación contra la revolución francesa y dando grandes esperanzas á los emigrados, no pensaba más que en Polonia y abundaba en la idea política de los ingleses para lograr adherirlos á la suya. Véase aquí lo que explica el silencio de la Inglaterra sobre un acontecimiento tan grande como la desaparición de un reino en la esfera política. En aquel momento de expoliación general en que la Inglaterra recogía tamaña porción de ventajas en el Mediodía de Europa y en todos los mares, no le convenía hablar el lenguaje de la justicia á los comarcanos de la Polonia; y así es que la coalición, que

acusaba á la Francia de haber caído en la barbarie, estaba ejerciendo en el Norte la piratería más ratera y osada que jamás haya permitido la política; y meditaba una igual para la Francia, contribuyendo á destruir para siempre la libertad de los mares.

Los príncipes alemanes seguían el impulso de la casa de Austria. Protegida la Suiza por sus montañas, y dispensada por sus instituciones de terciar en la causa de los monarcas, insistía en no tomar partido alguno, y con su neutralidad cubría nuestras provincias del Este, las más desamparadas de todas. Hacía en el continente lo que los americanos, suecos y dinamarqueses en los mares, proporcionando al comercio francés iguales servicios y recogiendo la misma recompensa. Suministrábanos caballos que nuestros ejércitos necesitaban, y ganados de que escaseábamos desde que la guerra había asolado los Vosgos y la Vendée; extraía los productos de nuestras manufacturas, y de este modo era la inventora del comercio más ventajoso.

El Piamonte continuaba la guerra, á su pesar sin duda; pero no podía consentir en dejar las armas después de haber perdido dos provincias, la Saboya y la Niza, en este juego torpe y sangriento. Las potencias italianas querían permanecer neutrales, pero las inquietaban en este propósito. La república de Génova había presenciado en su puerto la acción indigna cometida por los ingleses de apoderarse de una fragata francesa anclada al abrigo de la neutralidad y hasta de dar muerte á la tripulación, atropellando con este atentado el derecho de gentes. La Toscana había tenido que despedir al encargado francés. Nápoles, que había reconocido la república cuando las escuadras francesas amenazaban sus costas, hacía grandes demostraciones contra ella desde que el pabellón inglés ondeaba en el Mediterráneo, y ofrecía diez y ocho mil hombres de socorro al Piamonte. Roma, felizmente en la impotencia, nos maldecía, y dejaba degollar en sus muros al agente francés Basseville. Venecia, en fin, aunque poco lisonjeada con el lenguaje demagógico de la Francia, no trataba de empeñarse en una guerra, y á favor de su situación lejana, esperaba conservar su neutralidad. La Córcega se nos escapaba desde que Paoli se había declarado por los ingleses, no quedándonos en la isla más que Bastia y Calvi.

España, que era el menos culpable de todos nuestros enemigos, continuaba una guerra antipolítica, y empeñábase en cometer la misma falta que Holanda. Los pretendidos deberes de los tronos, las victorias de Ricardos y el influjo inglés la decidieron á intentar todavía otra campaña, por más exhausta que estuviera, careciendo de soldados y especialmente de dinero; y en este propósito, el célebre conde de Alcudia hizo caer al de Aranda por haber aconsejado la paz.

La política había cambiado, pues, muy poco desde el año anterior: intereses, errores, faltas y crímenes eran en 1794 los mismos que en 1793. Sólo Inglaterra había aumentado sus fuerzas. Los coligados tenían siempre en los Países Bajos ciento cincuenta mil hombres, austriacos, alemanes, holandeses é ingleses. Veinticinco ó treinta mil austriacos estaban en Luxemburgo; sesenta mil prusianos y sajones en los alrededores de Maguncia; cincuenta mil austriacos con algunos emigrados costeaban el Rhin, desde Manheim á Basilea. El ejér-

cito piamontés era siempre de cuarenta mil hombres y de siete á ocho mil austriacos auxiliares. España había alistado algunos reclutas para restablecer sus batallones, y había pedido recursos al clero, pero no era más considerable su ejército que el año anterior, reduciéndose siempre á unos sesenta mil hombres, repartidos entre los Pirineos occidentales y orientales.

En donde se proponía la coalición darnos los golpes más decisivos era en el Norte, apoyándose en las plazas de Condé, Valenciennes y el Quesnoy. El célebre Mack había redactado en Londres un plan del cual se esperaban grandes resultados, y por esta vez el táctico alemán, mostrándose un poco más atrevido, había hecho entrar en su proyecto, un avance contra París; pero, por su desgracia, era demasiado tarde para desplegar arrojado, porque los franceses no podían ser ya sorprendidos y sus fuerzas eran inmensas. Consistía el plan en tomar la plaza de Landrecies, y cargando poderosamente sobre aquel punto, traer á los prusianos de los Vosgos hacia el Sambre, y marchar adelante, dejando dos cuerpos sobre las alas, el uno en Flandes y el otro en Sambre. Al mismo tiempo debía desembarcar lord Moira tropas en la Vendée y agravar nuestros peligros con una doble marcha sobre París.

Querer ocupar á Landrecies cuando tenían á Valenciennes, á Condé y al Quesnoy era un cuidado pueril, si bien resguardar sus comunicaciones con el Sambre era muy prudente; pero situar un cuerpo para guardar á Flandes era infructuoso, tratándose de formar una masa poderosa de invasión. Traer á los prusianos sobre el Sambre era muy dudoso, como lo veremos; y en fin, la diversión en la Vendée era ya imposible, porque la mayor parte de aquellos partidarios había perecido. Ya veremos, por el cotejo del proyecto con los acontecimientos, la inutilidad de estos planes escritos en Londres (1).

Decimos que la coalición no había desplegado grandes recursos, pues sólo había á la sazón tres potencias verdaderamente activas en Europa; la Inglaterra, la Rusia y la Francia; la razón es muy sencilla, porque la Inglaterra quería invadir los mares, la Rusia esclavizar á la Polonia, y la Francia salvar su existencia y su libertad. Estos tres grandes intereses eran enérgicos, pero sólo era noble el de la Francia, y para ello empleó los esfuerzos más titánicos que puede mencionar la historia.

La requisición permanente decretada en agosto del año anterior había ya proporcionado refuerzos á los ejércitos y contribuido á los triunfos que terminaron la campaña; pero esta gran medida no debía producir todos sus efectos hasta la campaña inmediata: Merced á este movimiento extraordinario, un millón doscientos mil hombres habían abandonado sus hogares y cubrían las fronteras ó llenaban los depósitos del interior. Habíase principiado á regimentar esta nueva tropa, incorporando un batallón de línea con dos nuevos y formando de este modo regimientos excelentes. Setecientos mil hombres se habían organizado ya por este plan para enviarlos al momento á las fronteras y á las plazas. Constaban nuestras fuerzas, comprendiendo las guarni-

(1) Los que quieran leer la mejor discusión política y militar sobre este punto, deben buscar la Memoria escrita por el general Jomini sobre esta campaña, la cual está inserta en su grande Historia de las guerras de la revolución.

ciones, de doscientos cincuenta mil hombres en el Norte, cuarenta mil en las Ardenas, doscientos mil en el Rhin y el Mosela, cien mil en los Alpes, veinte mil en los Pirineos, y ochenta mil desde Cherburgo hasta la Rochela. Los medios para equiparlos no habían sido menos eficaces y extraordinarios que para reunirlos. Las fábricas de armas establecidas en París y en las provincias llegaron bien pronto al grado de actividad que se deseaba, y produjeron admirable cantidad de cañones, fusiles y sables. El comité de salvación pública, aprovechándose diestramente del carácter francés, había sabido hacer de moda la fabricación del salitre. Ya el año anterior había ordenado la visita de las bodegas para sacar la tierra salitrosa; luego hizo más: redactó una instrucción, modelo de sencillez y claridad, para enseñar á todos los ciudadanos á hacer lejía y colar por sí mismos la tierra de las bodegas, pagando además algunos operarios químicos que les impusiesen en la manipulación. Cundió al punto esta afición, transmitíanse las instrucciones que habían recibido, y cada casa suministró algunas libras de esta sal preciosa. Juntábanse barrios de París para llevar con pompa á la Convención y á los jacobinos el salitre que habían fabricado. Idearon una festividad en la cual todos acudían á depositar sus ofrendas en el ara de la patria. Solían dar á aquella sal formas emblemáticas, prodigándole toda suerte de epítetos; llamábase *sal vengadora*, *sal libertadora*; de este modo se entretenía el pueblo, producía cantidades considerables y el gobierno conseguía su objeto. Algún desorden resultaba de todo esto, pues se ahondaban las bodegas, y la tierra, después de pasada por lejía, se quedaba en las calles, embarzándolas y afeándolas. Un decreto del comité de salvación pública puso término á este abuso, y las tierras coladas se repusieron en las bodegas. Faltaba barrilla, y el comité dispuso que toda la hierba que no se emplease en la manutención del ganado, ni en los usos domésticos ó rurales, se quemara inmediatamente para emplearla en la explotación del salitre ó convertirla en barrilla.

Otra moda no menos ventajosa tuvo también el gobierno el arte de introducir, y fué: que como era más fácil reunir hombres y fabricar armas que encontrar caballos, que escaseaban en la artillería y caballería, porque la guerra los había consumido y la carestía general había aumentado demasiado su precio, fué necesario recurrir al gran medio de las requisas; esto es, á arrebatar á viva fuerza lo que exigía la necesidad indispensable. Se impuso á cada cantón un caballo por cada veinticinco, pagándolo á novecientos francos. Sin embargo, por más poderosa que sea la violencia, la buena voluntad es más eficaz todavía. Ideó el comité hacerse ofrecer un jinete montado y equipado por los jacobinos; siguióse entonces el ejemplo por todas partes; y ayuntamientos, clubs y secciones iban á porfia á ofrecer á la república lo que se llamó *jinetes jacobinos*, perfectamente montados y equipados todos.

Había soldados, mas se necesitaban oficiales, y el comité anduvo en este punto tan ejecutivo como siempre. «La revolución, dijo Barrere, debe arrostrarlo todo para salir de sus urgencias. La revolución es para el entendimiento humano lo que el sol de Africa para la vegetación.» Restablecióse la escuela de Marte, y jóvenes escogidos en todas las provincias fueron viniendo